

—¡Ah! Mi suegra le encargó a usted que le invitara?

—Sí, fué ayer a la sacristía... Como deseo complacerla, le prometí ver hoy a ese demonio de hombre. Pero estaba seguro de que se me negaría...

—¿Y se ha negado?

—No, y me ha sorprendido mucho. Ha aceptado.

Mouret abrió la boca, y la volvió a cerrar. El cura entornaba los ojos con aire extraordinariamente satisfecho.

—Hay que confesar que he estado muy hábil... Hacía más de una hora que explicaba a Faujas la situación de su señora madre política... El movía la cabeza, no decidiéndose, hablando de su amor al retiro... Ya iba a dejarle, cuando me acordé de una recomendación de aquella buena señora. Me había rogado que insistiera acerca del carácter de su salón, que es, como sabe toda la ciudad, un terreno neutral... Entonces fué cuando me pareció que hacía un esfuerzo, y ha aceptado. Me ha prometido formalmente que irá mañana. Voy a escribir dos líneas a la excelente madame Rougon para anunciarle nuestra victoria.

Permaneció allí un momento más, hablándose a sí mismo, y haciendo rodar sus grandes ojos azules.

—El señor Rastoil se ofenderá mucho, pero no es culpa mía... Hasta la vista, querido señor Mouret, hasta la vista... Mis respetos a su familia...

Y entró en la iglesia, dejando cerrarse dulcemente tras sí la doble puerta forrada. Mouret miró la puerta encogiéndose ligeramente de hombros.

—¡Otro charlatán!—gruñó.—Otro hombre de

esos que no le dejan a uno meter baza, y que hablan y hablan sin decir nada... ¡Ah! El tal Faujas va mañana a casa de la negrucha... ¡Lástima estar yo peleado con ese imbécil de Rougon!

Toda la tarde estuvo correteando por sus negocios. Por la noche, al acostarse, preguntó a su mujer con indiferencia:

—¿Vas a casa de tu madre mañana por la noche?

—No—respondió Marta.—Tengo demasiadas cosas que terminar. Iré el jueves próximo.

Mouret no insistió. Pero, antes de apagar la vela:

—Haces mal en no salir más a menudo—prosiguió.—Ve a casa de tu madre mañana por la noche; te distraerás un poco. Yo cuidaré de los niños.

Marta le miró asombrada. De ordinario, su marido la retenía en casa, pues la necesitaba para mil pequeños servicios y refunfuñaba cuando estaba ausente una hora.

—Iré si lo deseas—dijo.

Mouret apagó la vela y recostó la cabeza sobre la almohada, murmurando:

—Eso es, y nos contarás lo que ocurra. Eso divertirá a los niños.

VI

A la siguiente noche, a eso de las nueve, el Padre Bourrette fué por el Padre Faujas; le había prometido ser su acompañante y presentarle en casa de los Rougon. Al verle preparado, en medio de su gran habitación desalhajada, poniéndose unos guantes negros, blanqueados ya en las yemas de los dedos, le miró haciendo una ligera mueca.

—¿No tiene usted otra sotana?—le preguntó.

—No — respondió tranquilamente el Padre Faujas.—Creo que está decente todavía.

—Sin duda, sin duda—balbuceó el viejo cura.

—Hace mucho frío. ¿No se pone usted nada encima? Pues entonces, vámonos.

Estaban en las primeras heladas. El padre Bourrette, cálidamente envuelto en un gabán de seda enguatada, jadeó siguiendo al Padre Faujas, que no llevaba encima más que su delgada y raída sotana. Detuviéronse en el cruce de la plaza de la Subprefectura con la calle de la Banne, ante una casa toda de piedras blancas, uno de los hermosos edificios de la ciudad nueva, con rosetones esculpidos en cada piso. Un criado, con frac azul les recibió en el vestíbulo; sonrió al Padre Bourrette al quitarle el gabán, y pareció muy sorprendido al ver al otro cura, a aquel diablazo

cortado a hachazos, que había salido sin manteo con semejante frío. El salón estaba en el primer piso.

El Padre Faujas entró con la cabeza alta, con grave soltura, en tanto que el Padre Bourrette, muy emocionado cuando iba a casa de los Rougon, aunque no perdía ni una sola de sus veladas, salía del paso escapándose a una pieza vecina. Faujas atravesó lentamente todo el salón para ir a saludar a la dueña de la casa, a la que había adivinado en medio de un grupo de cinco o seis damas. Tuvo que presentarse a sí mismo, y lo hizo en tres palabras. Felicidad se había levantado vivamente. Le examinaba de pies a cabeza, con una mirada rápida, volviendo el rostro y escurriéndole los ojos con su mirada de garduña, mientras murmuraba sonriendo:

—Celebro infinito, señor cura, celebro infinito...

Entretanto, el paso del cura por el centro del salón, había causado asombro. Una joven, al levantar la cabeza de repente, hizo hasta un contenido ademán de terror, al ver ante sí aquella masa negra. La impresión fué desfavorable; Faujas era demasiado alto, demasiado ancho de espaldas; tenía el rostro demasiado duro, demasiado gruesas las manos. Bajo la cruda luz de la araña, su sotana pareció tan deplorable, que las damas sintieron una especie de vergüenza al ver a un cura tan mal vestido. Acercaron los abanicos y se pusieron de nuevo a cuchichear, fingiendo volver la espalda. Los hombres habían cambiado miradas, con mohines significativos.

Felicidad comprendió la poca benevolencia de la acogida. Pareció enfadada; se quedó en pie en medio del salón, levantando la voz y obligando

a sus invitados a oír los cumplidos que dirigía al Padre Faujas.

—Mi querido Padre Bourrette me ha contado—decía con zalamería de voz,—el trabajo que le ha costado decidir a usted... Le guardo a usted rencor, señor mío. No tiene usted derecho a huir así de la gente.

El cura se inclinaba sin responder. La vieja señora continuó riendo, con particular intención en algunas palabras:

—Le conozco a usted más de lo que se cree, a pesar de su cuidado por ocultarnos sus virtudes... Me han hablado de usted; es usted un santo y yo quiero ser su amiga... Hablaremos de esto, ¿verdad? Porque ahora es usted de los nuestros.

El Padre Faujas la miró fijamente, como si hubiera visto algún signo masónico en su manera de mover el abanico. Y respondió bajando la voz:

—Señora, estoy por completo a su disposición.

—Así lo espero—contestó Felicidad riendo más alto.—Ya verá usted que aquí queremos el bien de todo el mundo... Pero venga usted, le presentaré al señor Rougon.

Atravesó el salón, incomodó a varias personas para abrir paso al Padre Faujas, y le dió cierta importancia que acabó de predisponer contra él a todos los presentes. En la pieza vecina había mesas de "whist". Felicidad se acercó a su marido, que jugaba con el grave aspecto de un diplomático. Rougon hizo un gesto de enojo cuando su mujer se inclinó a hablarle al oído; pero en cuanto le hubo dicho unas palabras, se levantó con viveza.

—¡Muy bien, muy bien!—dijo a media voz!

Y después de pedir permiso a los jugadores,

fué a estrechar la mano del Padre Faujas. Rougon era entonces un hombre gordo y descolorido, de sesenta años; había adquirido un talante solemne de millonario. En Plassans solían decir que tenía una hermosa cabeza, una cabeza blanca y muda de personaje político. Después de haber cambiado algunos cumplidos con el cura, volvió a su puesto en la mesa de juego. Felicidad, sonriendo siempre, acababa de entrar de nuevo en el salón.

Al quedarse por fin sólo el Padre Faujas, no pareció cortado ni por asomo. Permaneció un instante en pie, mirando a los jugadores; en realidad, estaba examinando las colgaduras, la alfombra, el mobiliario. Era un saloncito color de madera, con tres cuerpos de biblioteca de peral ennegrecido, adornados con varillas de cobre, y que ocupaban los tres grandes testers de la habitación. Se le hubiera creído el despacho de un magistrado. El cura, que se proponía sin duda hacer una inspección completa, atravesó de nuevo el gran salón. Este era verde, muy serio también, pero más cargado de dorados, participando a la vez de la gravedad administrativa de un ministerio y el lujo chillón de un gran restaurant. Al otro lado había un gabinete, en él recibía Felicidad durante el día; un gabinete de color de paja, con muebles bordados de ramaje violeta, y tan lleno de sillones, de marquesitas, de canapés, que apenas se podía dar un paso.

El Padre Faujas se sentó en el rincón de la chimenea, fingiendo que se calentaba los pies. Estaba colocado de modo que veía por una puerta, abierta de par en par, más de la mitad del salón verde. La graciosa acogida de madame Rougon le preocupaba; cerraba los ojos a medias, consagra-

do a algún problema cuya solución no adivinaba. Al cabo de un rato, en su meditación, oyó detrás de sí ruido de voces; su sillón, de enorme respaldo, le ocultaba por completo. Bajó más aún los párpados, y escuchó, como si estuviera adormecido por el calor del fuego.

—En aquella época fuí una sola vez a casa de ellos—continuaba una voz gruesa;—vivían enfrente, en el otro lado de la calle de la Banne. Debía usted de hallarse en París, porque todo Plassans conocía el salón rojo de los Rougon en aquella época; un salón lamentable, con papel color limón, de setenta y cinco céntimos el rollo, unos muebles de terciopelo de Utrecht, con los sillones paticojos... Mire usted ahora esa negrucha, con traje de raso marrón, en aquella marquesita... Mire usted cómo tiende la mano al pequeño Delangre... ¿A que se la da a besar?

Una voz más joven se rió, murmurando:

Mucho han debido de robar para tener tan buen salón verde, porque ya sabe usted que es el mejor salón de la ciudad.

—La dama—contestó el otro,—ha tenido siempre la manía de recibir. Cuando no tenía un céntimo, bebía agua, con tal de poder ofrecer por la noche un refresco a sus invitados... ¡Oh! Yo me sé de memoria a los Rougon; les he seguido. Son gente muy ambiciosa, de apetitos desenfrenados... El golpe de Estado le ayudó a satisfacer un ensueño de goces que les torturaba hacía cuarenta años. ¡Qué glotonería entonces, qué indigestión de cosas buenas!... Esta casa que hoy habitan, había pertenecido a un señor Peirotte, cajero particular, que fué muerto en el asunto de Sainte-Roure, cuando la insurrección del 51... Sí, a fe mía; han tenido la mar de suerte; una bala per-

dida les libró de aquel molesto individuo, al cual heredaron... Pues bueno; entre la casa y el cargo de cajero, Felicidad habría elegido con toda seguridad la casa. La codiciaba hacía cerca de diez años, con furioso antojo de embarazada, y enfermando al ver las ricas cortinas que colgaban tras los vidrios de sus ventanas... Eran sus Tullerías, como se dijo en Plassans después del 2 de Diciembre.

—Pero ¿de dónde sacaron el dinero para comprar la casa?

—¡Ah! Eso, querido, es un misterio... Su hijo Eugenio, ese que ha hecho en París una fortuna política tan asombrosa, diputado, ministro, consejero familiar de las Tullerías, obtuvo fácilmente un destino particular y una cruz para su padre, que había representado aquí una lindísima comedia... En cuanto a la casa, la habrán pagado haciendo algún arreglo. Habrán pedido prestado a algún banquero... En todo caso, hoy son ricos, e intrigan, y recuperan el tiempo perdido. Yo creo que su hijo ha seguido en correspondencia con ellos, porque aun no han hecho ninguna majadería.

La voz se calló, para continuar casi en seguida con ahogada risa:

—No me río sin querer, cuando veo esos ademanes de duquesa que me gasta esa vieja cigarra de Felicidad... Siempre recuerdo el salón amarillo, con su desgastada alfombra, sus consolas sucias, la muselina de la araña llena de cagadas de mosca... Ahora recibe a las señoritas Rastoil... ¿Eh, cómo maneja la cola del vestido? Esa vieja, amigo mío, reventará de triunfo una noche, en medio de su salón verde.

El Padre Faujas había movido suavemente la

cabeza, para poder ver lo que pasaba en el gran salón. En él vió a madame Rougon, verdaderamente soberbia, en medio del círculo que la rodeaba; parecía crecer sobre sus piés de enana, y encorvar todas las espaldas a su alrededor, con mirada de reina victoriosa. A ratos, un corto estremecimiento hacía latir sus párpados, entre los reflejos de oro del techo, entre la grave suavidad de las colgaduras.

—¡Ah! Aquí está su padre de usted—dijo la voz gruesa.—Ahí entra el bueno del doctor... Es muy sorprendente que el doctor no le haya contado a usted todo eso... El sabe más que yo.

—¡Oh! Mi padre teme que yo le comprometa—repuso el otro alegremente.—Ya sabe usted que me ha maldecido, jurando que yo le haría perder su clientela... Perdoneme, pero veo ahí a los hijos de Maffre y voy a estrecharles la mano.

Sintióse ruido de sillas, y el Padre Faujas vió a un joven fornido, de rostro ya cansado, que atravesaba el salón. El otro personaje, el que tan alegremente criticaba a los Rougon, se levantó también. Una señora que pasaba se dejó decir por él muy dulces cosas; reía y le llamaba "este buen señor de Condamin". El cura conoció entonces al guapo señor de sesenta años que Mouret le había enseñado en el jardín de la subprefectura. El señor de Condamin fué a sentarse al otro lado de la chimenea. Allí se quedó muy sorprendido al ver al Padre Faujas, al que le había ocultado el respaldo del sillón; pero no se desconcertó ni por asomo; sonrió, y con aplomo de hombre amable:

—Señor cura—dijo,—creo que acabamos de confesarnos sin querer... Es un gran pecado, ¿ver-

dad? el murmurar del prójimo... Felizmente estaba usted ahí para absolvernó.

El cura, por dueño que fuese de su rostro, no pudo menos de ruborizarse ligeramente. Entendió muy bien que el señor de Condamín le reprochaba el haber contenido el aliento para escucharles. Pero no era hombre que guardase rencor a un curioso, al contrario. Le encantó aquel punto de complicidad que acababa de poner entre el cura y él. Esto le autorizaba a hablar libremente, a matar la velada refiriendo la historia escandalosa de las personas que allí se encontraban. Era su mayor placer. Aquel cura recién llegado a Plassans le parecía un auditor excelente; tanto más cuanto que tenía muy fea facha, una facha de hombre que puede oírlo todo, y que llevaba una sotana demasiado raída para que las confidencias que con él se tuviesen pudieran acarrear malas consecuencias.

Al cabo de un cuarto de hora, el señor de Condamín se había soltado. Explicaba todo Plassans al Padre Faujas, con su gran finura de hombre de mundo.

—Usted es un extraño entre nosotros, señor cura—decía.—Me alegraré mucho de poder servirle a usted en algo... Plassans es una ciudad pequeña en donde a la larga se abre uno camino. Yo soy de las cercanías de Dijon. Pues bueno; cuando me nombraron aquí conservador de aguas y bosques, yo detestaba el país y me aburría mortalmente. Era en vísperas del imperio. Sobre todo, después del 51, la provincia no ha tenido nada de alegre, se lo aseguro a usted. En este departamento, los habitantes tenían un miedo de perros... La vista de un gendarme les habría hecho meterse bajo tierra... Poco a poco se ha calmado

la cosa, y han vuelto a su vida habitual; y yo... yo he acabado por resignarme. Vivo en las afueras, doy largos paseos a caballo, y me he creado algunas relaciones.

Bajó la voz, y prosiguió con tono confidencial:

—Si quiere usted creerme, señor cura, sea usted prudente. No imaginaría usted en qué avispero estuve a punto de caer... Plassans está dividido en tres barrios completamente distintos; el barrio viejo, a donde sólo limosnas y consuelos tiene usted que llevar; el barrio de San Marcos, habitado por la nobleza del país, lugar de aburrimiento y de rencor del que nunca desconfiará usted bastante; y la ciudad nueva, el barrio que hoy se está aún construyendo alrededor de la subprefectura, el único posible, el único decente... Yo había hecho la tontería de ir al barrio de San Marcos, al que creí que me llamaban mis relaciones. Pues bueno, sí, no encontré más que viudas secas como rodrigones y marqueses conservados entre paja. Todo el mundo llora los tiempos de Maricastaña... Ni una sola reunión, ni un resquicio de fiesta; una conspiración sorda contra el dichoso sosiego en que vivimos. Por poco me comprometo, palabra de honor. Péqueur se burló de mí... el señor Péqueur des Saulaies, nuestro subprefecto, ¿le conoce usted? Entonces, me fui a la carrera Sauvaire y tomé una habitación allí, en la plaza. En Plassans, ¿sabe usted? el pueblo no siente y la nobleza es incivilizable; no se pueden tolerar más que algunos enriquecidos, gentes encantadoras que hacen muchos gastos... Nuestro reducido número de funcionarios es muy feliz. Vivimos entre nosotros, a nuestro modo, sin cuidarnos de los habitantes, como si hubiésemos plantado nuestra tienda en país conquistado.

Soltó una risita de satisfacción, estirándose más, presentando las suelas a la llama; después tomó un vaso de ponche de la bandeja de un criado que pasaba, y bebió lentamente, sin dejar de mirar al Padre Faujas con el rabillo del ojo. El cura comprendió que la cortesía le exigía dar con alguna frase.

—Esta casa parece muy agradable—dijo volviéndose a medias hacia el salón verde, en el que las conversaciones se animaban.

—Sí, sí—respondió el señor de Condamin, que se detenía de cuando en cuando para tomar un sorbito de ponche.—Los Rougon nos hacen olvidarnos de París. Aquí no se creería uno en Plassans. Es el único salón en que se divierte uno, porque es el único en que se codean todas las opiniones... Péqueur da también reuniones muy agradables... Mucho les debe de costar a los Rougon, que no tienen gastos de representación como Péqueur; pero tienen algo mejor, los bolsillos de los contribuyentes.

Esta broma le encantó. Dejó sobre la chimenea el vaso vacío que tenía en la mano, y acercándose más e inclinándose:

—Lo más divertido son las continuas comedias que se representan aquí—dijo.—Si conociera usted a los personajes... Mire usted allí a madame Rastoil, en medio de sus dos hijas; aquella señora de unos cuarenta y cinco años, la que tiene cabeza de oveja que bala... Bueno. ¿Ha observado usted sus párpados cuando Delangre se le ha sentado enfrente? Este señor que parece un polichinela, a la izquierda... Se trataron muy íntimamente hace unos diez años... Se dice que una de las señoritas es suya, pero de fijo no se sabe cuál... Lo más gracioso es que Delangre, en la

misma época, tuvo algunos disgustos con su esposa; se dice que su hija es de un pintor a quien conoce todo Plassans.

Había creído el Padre Faujas que debía adoptar una actitud grave para recibir tales confidencias; cerraba por completo los párpados, y parecía no oír. El señor de Condamin prosiguió, como para justificarse:

—Si me permito hablar así de Delangre, es que le conozco mucho. Es fuerte como un demonio ese hombre. Creo que su padre era albañil. Hace unos quince años defendía los pleitos pequeños que no querían los otros abogados. Madame Rastoil le sacó materialmente de la miseria; hasta leña le mandaba en invierno; para que no tuviese frío. Gracias a ella ganó sus primeros asuntos... Observe usted que Delangre tenía entonces la habilidad de no meterse en política. De modo que, en el 52, cuando se buscó un alcalde, se pensó inmediatamente en él; él sólo podía aceptar semejante puesto sin asustar a ninguna de los tres barrios de la ciudad. Desde entonces, todo le ha salido a pedir de boca. Tiene un brillante porvenir. La desgracia es que no se entiende gran cosa con Péqueur; siempre están discutiendo de majaderías.

Se detuvo, al ver acercarse al mocetón con quien hablaba un momento antes.

—El señor Guillermo Porquier—dijo presentándole al cura.—El hijo del doctor Porquier.

Y cuando Guillermo se hubo sentado, le preguntó riendo:

—Bien ¿y qué ha visto usted de bueno por ahí?

—Nada absolutamente—respondió el joven con agradable acento.—He visto a los Paloque. Ma-

dame Rougon sigue procurando ponerles detrás de una cortina para evitar desgracias... Una mujer en cinta que les vió un día en la Carrera, estuvo a punto de abortar... Paloque no quita los ojos del presidente Rastoil, esperando sin duda matarle de susto... Ya sabe usted que ese monstruo de Paloque cuenta con morir presidente.

Ambos se regocijaron. La fealdad de los Paloque era un tema de eternas burlas en el pequeño mundo de los funcionarios. El hijo de Porquier continuó bajando la voz:

—También he visto al señor de Bourdeu. ¿No le parece a usted que ha enflaquecido más aún desde la elección del marqués de Lagrifoul? Bourdeu no se consolará nunca de no ser ya prefecto; había puesto su rencor de orleanista al servicio de los legitimistas, con la esperanza de que esto le llevaría a la Cámara, en donde cogería la suspirada prefectura... De modo que está ofendidísimo por que han preferido al marqués, un majadero, un asno que no entiende dos palabras de política; en tanto que él, Bourdeu, es muy inteligente, mucho.

—Es insoportable Bourdeu con su levita abrochada y su sombrero plano de doctrinario—dijo el señor de Condamin, encogiéndose de hombros.

—Si les dejaran, esos fulanos harían de Francia una Sorbona de abogados y diplomáticos, en donde se aburriría uno de firme, yo se lo fío... ¡Ah! se me olvidaba, Guillermo. Me han hablado de usted; parece que lleva usted una vidita...

—¡Yo!—exclamó el joven riendo.

—Usted, usted, amiguito. Y observe usted que lo sé por su padre. Está desconsolado; le acusa a usted de jugar, de pasar la noche en el círculo y en otras partes... ¿Es cierto que ha descubierto

usted un cafetucho, detrás de la cárcel, a donde va usted con una pandilla de vagos, a armar unos escándalos infernales? Me han contado también...

El señor de Condamin, al ver entrar dos señoras, continuó muy bajito al oído de Guillermo, que hacía signos significativos, desternillándose de risa. El joven se inclinó también, sin duda para añadir algunos detalles. Y los dos, aproximándose, con los ojos encendidos, se regocijaron largo rato con aquella anécdota, que no se podía contar ante las señoras.

Entretanto, el Padre Faujas se había quedado allí. Ya no escuchaba; seguía los movimientos del señor Delangre, que se agitaba mucho en el salón verde, prodigando amabilidades. Tal espectáculo absorbió tanto al cura que no vió al Padre Bourrette que le llamaba con la mano. El Padre tuvo que tocarle en el brazo rogándole que le siguiera. Llevóle hasta la sala del juego, con las precauciones de un hombre que tiene algo delicado que decir.

—Amigo mío—murmuró cuando estuvieron solos en un rincón,—tiene usted excusa, porque es la primera vez que viene usted; pero debo advertirle que se ha comprometido usted mucho hablando tanto tiempo con las personas de quienes se separa usted.

Y como el Padre Faujas le mirase muy sorprendido:

—Esas personas no están bien vistas... Cierto que yo no pretendo juzgarlas, ni quiero ser maldeciente. Por amistad le prevengo a usted y nada más.

Quería alejarse, pero el otro le retuvo, diciéndole vivamente:

—Me asusta usted, querido señor Bourrette. Ex-

plíquese, se lo ruego. Me parece que, sin maldecir, puede usted aclararme sus palabras...

—Pues bien—repuso el viejo cura después de un momento de vacilación.—El joven, el hijo del doctor Porquier, es la desesperación de su honrado padre y da los peores ejemplos a la juventud estudiosa de Plassans. No dejó más que deudas en París, y aquí revuelve toda la ciudad. En cuanto al señor de Condamin...

Se detuvo de nuevo, embarazado por las cosas enormes que tenía que contar; después, bajando los párpados:

—El señor de Condamin habla más de la cuenta, y me temo que carece de sentido moral. No perdona a nadie, y escandaliza a todas las almas honradas... En fin, no sé cómo decírselo a usted; parece que hizo una boda un tanto deshonrosa. ¿Ve usted esa señora que no tiene aún treinta años, esa que está tan rodeada?... Pues bueno, un día nos la trajeron a Plassans, no se sabe de dónde. Desde el día siguiente a su llegada, era todopoderosa aquí. Ella es la que hizo condecorar a su marido y al doctor Porquier. En París tiene amigos... Le suplico que no repita estas cosas. Madame de Condamin es muy amable, muy caritativa... Yo voy algunas veces a su casa, y me desconsolaría que me creyese enemigo suyo. Si tiene faltas que necesitan perdón, nuestro deber, ¿verdad? es ayudarla a volver al buen camino. En cuanto al marido, entre los dos, es un mal hombre. Esté usted frío con él.

El Padre Faujas miraba al digno Bourrette a los ojos. Acababa de observar que madame Rougon seguía de lejos su conversación, con aire preocupado.

—¿Es madame Rougon quien ha rogado a us-

ted que me dé un buen consejo?—preguntó bruscamente al viejo cura.

—¡Hombre! ¿Cómo lo sabe usted?—exclamó éste muy asombrado.—Me había rogado que no le hablara de ella; pero ya que usted lo ha adivinado... Es una buena señora, que sentiría muchísimo ver que un cura hiciera mal papel en su casa. Desgraciadamente, se ve obligada a recibir a toda clase de gente.

El Padre Faujas dió las gracias, prometiendo ser prudente. Los jugadores, alrededor de ellos, no habían levantado la cabeza. El cura entró en el gran salón, en el que de nuevo se halló en un ambiente hostil; pudo observar mayor frialdad aún, más desprecio mudo. Las faldas se separaban a su paso, como si fueran a mancharlas; los trajes negros se volvían con ligeras risas. El conservó una serenidad soberbia. Habiendo creído oír pronunciar afectadamente la palabra Besançon, en el rincón de la estancia en que reinaba madame de Condamin, se fué en derechura al grupo formado en torno de ella; pero al acercarse, la conversación paró en seco, y todos los ojos se clavaron en él, reluciendo de perversa curiosidad. Seguramente se hablaba de él, y se refería alguna historia fea. Entonces, mientras estaba en pie, detrás de las señoritas de Rastoil, que no le habían visto oyó que la más joven preguntaba a la otra:

—Pero ¿qué ha hecho en Besançon ese cura de quien todo el mundo habla?

—No lo sé—respondió la mayor.—Creo que por poco ahoga a otro cura en una disputa. Papá dice también que se metió en un gran negocio industrial que fracasó.

—Pero ¿está allí, verdad? En el salón peque-

ño... Acaban de verle reír con el señor de Condamín.

—Entonces, si ríe con el señor de Condamín, hay razón para desconfiar de él.

Este chismorreó de las dos señoritas, llenó de sudor las sienes del Padre Faujas. Pero no pestañeó; frunció más los labios, y sus mejillas adquirieron un matiz terroso. Ahora oía ya a todo el salón hablando del cura a quien había estrangulado, de los negocios sucios en que se había metido. Enfrente de él, el señor Delangre y el doctor Porquier permanecían severos; el señor de Bourdeu ponía mohín de desdén, hablando en voz baja con una dama; el señor Maffre, el juez de paz, le miraba de reojo devotamente olfateándole de lejos antes de decidirse a morder; y en el otro extremo de la estancia, el matrimonio Paloque, los dos monstruos alargaban los rostros, costuroneados por la hiel en los que se encendía la perversa alegría de todas las crueldades divulgadas en voz baja. El Padre Faujas retrocedió lentamente, al ver que madame Rastoil, que estaba en pie a algunos pasos de allí, se acercaba a sentarse entre sus dos hijas, como para ponerlas bajo sus alas y protegerlas del contacto de él. Se acercó al piano que vió detrás de sí y permaneció allí, alta la frente, el rostro duro y mudo como de piedra. Decididamente, había complot, le trataban como paria.

En su inmovilidad, el cura, cuyas miradas escudriñaban el salón bajo los medio cerrados párpados, hizo un gesto reprimido al punto. Acababa de ver, detrás de una verdadera barricada de faldas, al padre Fénil arrellenado en un sillón y sonriendo discretamente. Sus ojos se encontraron y se miraron algunos segundos, con el aire terrible

de dos duelistas, que empeñan un combate a muerte. Después, hubo un ruido de telas, y el gran vicario desapareció de nuevo entre los bordados de las damas.

Entretanto, Felicidad había maniobrado hábilmente para acercarse al piano. En él instaló a la mayor de las señoritas Rastoil, que cantaba agradablemente algunas romanzas. Después, cuando pudo hablar sin ser oída, llevándose al Padre Faujas al hueco de una ventana:

—¿Qué ha hecho usted al Padre Fénil?— le preguntó.

Continuaron en voz muy baja. El cura al pronto fingió sorpresa; pero cuando madame Rougon hubo murmurado algunas palabras que dijo encogiéndose de hombros, Faujas pareció entregarse y habló. Los dos sonreían y parecían cambiar cumplidos, en tanto que el brillo de sus ojos desmentía la apariencia de trivialidad. El piano calló, y fué preciso que la mayor de las señoritas Rastoil cantara la "Paloma del Soldado", que estaba entonces muy en boga.

—Su estreno de usted es completamente desdichado—murmuró Felicidad.—Se ha hecho usted imposible, y le aconsejo que no vuelva en mucho tiempo... Debe usted hacerse querer, ¿oye? Los golpes de fuerza le perderían.

El Padre Faujas se quedó pensativo.

—¿Dice usted que esos chismes han debido de ser contados por el Padre Fénil?—preguntó.

—¡Oh! Es demasiado astuto para descubrirse; lo debe de haber dicho a alguna de sus penitentes. No sé si le ha adivinado a usted, pero lo cierto es que le tiene miedo, y le va a combatir a usted con todas las armas imaginables... Lo peor es que confiesa a la gente más distinguida de la

ciudad. El fué el que hizo nombrar al marqués de Lagrifoul.

—He hecho mal en venir a esta reunión—dejó escapar el cura.

Felicidad frunció los labios y contestó vivamente:

—Ha hecho usted mal en comprometerse con un hombre como Condamin. Yo he hecho cuanto he podido. Cuando la persona que usted sabe me escribió desde París, creí serle a usted útil invitándole. Creí que sabría usted ganar amigos aquí. Era el primer paso; pero en lugar de procurar ser agradable, deja usted enojado a todo el mundo... Perdone usted mi franqueza, pero me parece que vuelve usted la espalda al triunfo. No ha cometido usted más que faltas, yendo a vivir a casa de mi yerno, encastillándose en su casa, y llevando una sotana que hace reír a los pilluelos de las calles.

El Padre Faujas no pudo retener un gesto de impaciencia. Se contentó con responder:

—Aprovecharé sus buenos consejos. Pero no me ayude usted, porque esto lo estropearía todo.

—Sí, esa táctica es prudente—dijo la vieja dama.—No vuelva usted a este salón como no sea triunfante... La última palabra, querido señor. La persona de París desea en gran manera el triunfo de usted, y por eso me intereso yo. Pues bien; créame, no se haga usted el terrible; sea usted amable, agrada a las mujeres, si quiere usted que Plassans sea suyo.

La mayor de las señoritas Rastoil terminaba su romanza, arrancando al piano su último acorde. Se aplaudió discretamente. Madame Rougon se había separado del Padre Faujas para felicitar a la cantora. En seguida se puso en medio del salón,

repartiendo apretones de manos a los invitados que empezaban a retirarse. Eran las once. El cura se sintió muy contrariado, al percatarse de que el digno Bourrette se había aprovechado de la música para desaparecer. Pensaba irse con él, lo cual le proporcionaría una salida decente. Ahora partía solo, lo cual era un fracaso absoluto; al día siguiente se contaría en la ciudad que le habían echado a la calle. De nuevo se refugió en el hueco de una ventana, esperando una ocasión, buscando el medio de hacer una retirada honrosa.

Entretanto el salón se vaciaba, y ya no quedaban más que algunas señoras. Entonces observó el cura a una dama vestida con gran sencillez. Era madame Mouret, rejuvenecida por unos bandos ligeramente ondulados. La dama le sorprendió mucho por su tranquilo rostro, en el que parecían dormir dos grandes ojos negros. No la había visto en toda la noche; sin duda se había quedado en un rincón, contrariada por perder de aquel modo el tiempo, con las manos sobre las rodillas, sin hacer nada. Cuando la estaba contemplando, se levantó ella para despedirse de su madre.

Esta experimentaba una de sus mayores alegrías al ver a la mejor sociedad de Plassans que se iba haciendo reverencias, dándole las gracias por su ponche, por su salón verde, por las horas agradables que se acababan de pasar en su casa; y pensaba que en otro tiempo el mundo la pisoteaba, según su cruda expresión, en tanto que, en aquel momento, los más ricos no encontraban sonrisas bastante tiernas para aquella querida madame Rougon.

—¡ Ah, señora! ¡ señora! —decía el juez de paz Maffre.—Aquí olvida uno que las horas huyen.

BIBLIOTECA
"ALFONSO" 2003
ABRIL 1925 MONTECERRE, MEXICO

—Sólo usted sabe recibir en este país de lobos —cuchicheaba la linda señora de Condamin.

—La esperamos a comer mañana—decía el señor Delangre.—Pero como de casa; nosotros no hacemos cumplidos como usted.

Marta tuvo que atravesar aquella ovación para poder acercarse a su madre. La besó, e iba a retirarse, cuando Felicidad la retuvo, buscando a alguien con la vista a su alrededor. Después, habiendo visto al Padre Faujas:

—Señor cura—le dijo riendo,—¿es usted galante?

El cura se inclinó.

—Entonces, tenga usted la bondad de acompañar a mi hija, ya que vive usted en su misma casa; no le molestará a usted, y hay un extremo de callejuela negra que no es muy tranquilizador que digamos.

Marta, con su apacible aspecto, aseguraba que no era una niña, que no tenía miedo; pero como su madre insistiese, diciendo que estaría más tranquila, aceptó la compañía del cura. Y al irse éste con ella, Felicidad, que les había acompañado hasta el rellano, le repitió al oído con una sonrisa:

—Recuerde usted lo que le he dicho... Procure usted agradar a las mujeres, si quiere que Plassans sea suyo.

VII

Aquella misma noche, Mouret, que no dormía, abrumó a Marta con preguntas, queriendo saber lo sucedido en la velada. Ella respondió que había pasado lo de costumbre, y que nada de extraordinario había observado. Añadió sencillamente que el Padre Faujas la había acompañado, hablando de cosas insignificantes. Mouret se sintió muy contrariado por lo que llamaba la "indolencia" de su mujer.

—Ya podrían asesinarsé en casa de tu madre—dijo hundiendo con furia la cabeza en la almohada,—que no serás tú la que me trajeses la noticia.

Al día siguiente, cuando se presentó a comer, gritó a Marta, tan pronto como la vió:

—Ya sabía yo que tienes ojos para no ver nada, hija mía. ¡Ah! ¡Qué bien te conozco en eso! ¡Estás toda la noche en un salón, sin sospechar siquiera lo que se dice y hace a tu alrededor! Toda la ciudad habla de ello, ¿lo oyes? No he podido dar un paso sin que me hablara alguien.

—Pero ¿de qué hijo mío?—preguntó Marta asombrada.

—¡Del triunfo del Padre Faujas, caramba! Le pusieron de patitas en la puerta del salón verde.

—Te aseguro que no; no vi nada de eso.